

ESTE PAÍS QUE NO MERECEMOS por Juan Luis Gallardo

Invitados por su dueño, con mi mujer hemos pasado algunos días en un campo del sureste de la provincia de Buenos Aires. Para llegar allí, atravesamos en automóvil una parte de la ubérrima llanura bonaerense, repetida experiencia que me inspiró las presentes líneas.

Y digo repetida pues yo crecí hacia el oeste de la provincia, algo más allá de los que Benito Lynch denominó *campos porteños*. O sea que conozco bien el bello panorama que ofrecen éstos, hasta el punto de formar parte del contexto que asocio a mi niñez y juventud.

Pero, no obstante ello, cada vez que, por un motivo u otro, debo recorrerlos nuevamente, transitarlos me produce una mezcla peculiar de sentimientos: por una parte, esa emoción que nos invade al retomar contacto con los paisajes que fueron escenario del primer tramo de nuestras vidas; por otro, el asombro que ocasiona corroborar hasta qué punto Dios derramó sus dones sobre este país privilegiado que es el nuestro. País privilegiado que las actuales generaciones de argentinos hemos recibido como legado gratuito e inmerecido.

Partimos a media mañana y, después de almorzar en un boliche al paso, sesgamos la marcha por una ruta secundaria a cuyos costados aparecían rastrojos y sembrados donde pronto entraría la cosechadora; rodeos de hacienda *Aberdeen*, *Shorthorn* y *Hereford*; viejos cascos de estancia protegidos por grandes montes o viviendas rurales de menor porte, flanqueadas por galpones y tinglados con maquinaria agrícola.

Movimiento en la ruta. Pero no el tráfico presuroso de turistas urgidos por llegar a la playa, sino el discurrir de lugareños que, con sus camionetas, se dirigen al pueblo para hacerse de semilla, repuestos o provisiones que ya no reciben la denominación genérica de *vicios*, como cuando yo era joven. Inocente vicios, por cierto, consistentes en tabaco para la semana, alguna damajuana de vino, yerba y, a veces, un diario atrasado cuyo contenido, quizá, resulte mucho más tóxico que los elementos mencionados.

Pero, además del movimiento habitual entre los campos y el poblado más próximo, por las rutas bonaerenses circula lo que podríamos llamar *el tránsito del trabajo y la riqueza nacional*. Pues, en efecto, vimos moverse por ellas los equipos conformados por cosechadoras automotrices, tractores que arrastran sembradoras, arados de discos y hasta un tambor montado sobre ruedas destinado a apagar la sed de quienes trabajan a campo abierto y al rayo del sol.

Y no son sólo los equipos destinados a la explotación agraria los que navegan por las rutas bonaerenses. Porque también, formando extensas caravanas, vimos avanzar enormes camiones y acoplados de varios ejes que conducen el producto del quehacer rural. Uno atrás de otro, bufando en las cuestas, abarrotados de toneladas de riqueza, suficiente para saciar a un mundo hambriento.

Godofredo Daireaux escribió un libro, referido a una nación próspera, laboriosa y optimista. Se llama *Los Milagros de la Argentina* y trasunta el estado de ánimo que caracterizó a nuestro país en épocas en que ocupaba un lugar destacado entre los principales del mundo. En épocas que, con ignorancia crasa, resentimiento mezquino y cochina envidia, son hoy vituperadas como expresión de tiempos *felizmente superados*.

¿Felizmente superados por la deplorable realidad que contemplamos? ¿Superados por este catálogo de frustraciones en que desembocó aquella promisoriosa empresa que fue la Argentina del pasado? Aquella Argentina de un pasado próximo que se desbarató por una suma de desaciertos, productos de la torpeza cuando no de la malicia aposentadas en el quehacer nacional.

Como no estoy hoy con ánimo polémico, me abstendré de señalar cuándo empezó el desbarranque de la República. Que cada cual fije ese momento en el año le dé la gana: en 1912, con la Ley Sáenz Peña; en 1916, con el advenimiento del radicalismo; en 1930, con la interrupción del orden constitucional; en 1946, con la llegada del peronismo; en 1955, con la Revolución Libertadora; en 1958, con el desarrollismo de Frondizi; en 1962, con la expulsión de éste; en 1970, con el derrocamiento del general Onganía. Y paro de sugerir fechas porque es claro que nuestra decadencia arranca mucho antes de 1970.

Decadencia, sí. No crisis, según apuntara lúcidamente Aníbal D'Ángelo Rodríguez. Las crisis son coyunturales y la decadencia es un largo proceso paulatino. Como el que padecemos. Que es paulatino pero cada vez más rápido.

Aunque no he dejado de ser nacionalista, a veces me siento como un conservador nostálgico, indulgente respecto a los errores de la *Generación del 80* y poco amigo de utilizar el término *Década Infame*. Y es posible que haya algo de eso pues, cuando uno se aproxima al otoño de la vida observa con creciente desconfianza las revoluciones declamatorias y con mayor aprecio las realizaciones concretas y efectivas.

El actual gobierno se define como revolucionario y, para acreditarlo, exhibe la militancia juvenil de *La Cámpora*, la renacionalización de Aerolíneas e YPF y su alineamiento con Cuba y con Venezuela. Sin embargo, no puede ufanarse de realizaciones concretas y efectivas, pues la militancia de *La Cámpora* se funda en un refrito de marxismo obsoleto, la renacionalización de Aerolíneas e YPF sólo produce pérdidas al país y alinearse con Cuba y con Venezuela resulta sencillamente de mal gusto.

En mi reciente periplo bonaerense no sólo observé aspectos positivos, indicadores de la aptitud productiva argentina. También percibí pruebas de incapacidad y dejadez que revelan nuestra decadencia: puentes arrasados por el agua de una inundación décadas atrás y que jamás fueron reparados; pavimentos realizados por contratistas inescrupulosos y destruidos al poco tiempo por el paso de camiones cargados; silos cuyo contenido ha dejado de controlarse; construcciones adocenadas, de pésima calidad; noticias de cuatrерismo impune.

Alguien escribió que *la Argentina crece de noche*, o sea cuando los argentinos no la perturbamos. Y la observación tiene mucho de cierto. Porque poseemos, según dije, un país extraordinario, regalado por la naturaleza y tratado bondadosamente por la Historia. Pero no basta con eso. Ya que necesitamos perentoriamente personas que capitalicen los dones gratuitamente recibidos. Gobernantes, administradores, políticos, empresarios, productores, soldados. Y pensadores, estudiosos, clérigos, investigadores, artistas, poetas, maestros, padres de familia. Señalar lo cual nos impulsa a destacar la enorme diferencia de calidad que existe entre quienes construyeron la patria y quienes la están destruyendo.

Acaso a muchos no les gusten el general Roca, Carlos Pellegrini, Newbery o Saavedra Lamas. Y hasta no descarto que cuenten con argumentos para justificar su antipatía. Pero ocurre que si comparamos a cualquiera de ellos con los personajes que gozan de predicamento en la Argentina actual, la diferencia de categoría resulta inconmensurable. Ya que a Roca, Pellegrini, Newbery o Saavedra Lamas se les oponen Kirchner, Boudou, Maradona o Timerman. Y no se me acuse de mala fe en la comparación, pues, para no cargar las tintas, he omitido a Cristina, Bonafini, Tinelli y Oyarbide. Que no es poco omitir.

Hace muchísimo tiempo -mayo de 1966-, a raíz de un viaje al sur escribí en el periódico *De Este Tiempo* un artículo de tenor parecido al presente. Y, dado que mantiene actualidad, copiaré su último párrafo para dar fin a estas líneas. Decía hace 47 años y repito ahora: *Tenemos que hacernos dignos de la Argentina. Este es el reclamo que he recogido tras su figura deslumbradora. Mensaje que no han sabido escuchar los políticos cuando, en su deambular electoral, alzaron sus tribunas de espaldas al paisaje.*